

—¡Estás loca, Rosal— exclamó vivamente Ninita.—¡Para que nos vieran entrar en el hotel á cualquiera de las dos, conociéndonos aquí todo el mundo!...

—No, no hijas mías, no os preocupéis de cómo pasará los días: los emplearé en buscar un desenlace que necesito, ó me iré á alta mar á pescar sardinas. Me bastará para estar contento con que por la noche os vea y con que contemplemos juntos este magnífico horizonte... Es esto tan hermoso, se está aquí tan bien... ¡Queridas de mi alma!...

Ciertamente aquella noche le pagaba una porción de meses de tristeza y soledad. Ninita sentada sobre las rodillas, Rosa apoyada en su hombro, enfrente el argentino mar, el mar inmenso que se extendía por la orilla con ruidosas y espumantes sacudidas. A lo lejos y hacia la derecha la intermitente mirada del faro de

Sanguinarias cuya pupila es alternativamente verde y encarnada, y removidas por el tibio ambiente de la noche, las sombras de las estremecidas ramas de los arbustos, los perfumes de los naranjos y de los limoneros que exhalan los jardines de Barbicaglia, ó el ruido que hacen al caer al suelo las frutas maduras, les hacían estremecer. «Callad... parece que andan por ahí... no, por allí, por allí...» Y los tres se echaron á reir acercándose más unos á otros.

~~~~~

Inscrito con nombre fingido en el libro del hotel de Francia, Fagan pasó todo el día siguiente metido en su cuarto y no salió más que para ir á tomar un baño. A la puerta del establecimiento, tan poco frecuentado en Ajaccio como en casi todas las ciudades del Mediodía, tropezó con un joven gomoso armado de un quitasol de

seda color pálido y que llevaba de una cuerda un perro ratonero del tamaño de una rata.

—¡Aplásteme el diablo!... ¡Pero, si es Fagan!... Ole ¡qué tal va, autor queridísi-



mo, vate celebérismo?... ¡Encontrarnos aquí! ¡Esto sí que tiene pimienta!

Molestado de oirse llamar así cuando trataba de ocultarse, Fagan llevó á un lado á aquel tonto que había desempeñado un papel secundario en una de sus piezas representada en una velada del «Círculo de los Moscardones» del que los dos eran socios. De aquí provenía la intimidad que autorizaba el «qué tal va» el «autor queridísimo», frases que en aquellas circunstancias, tan lejos del *caló* de los boulevares parecieron á Régis lastimosamente ridículas.

—Le ruego á usted Barón—el padre del joven Rouchouze era Barón y su hijo le usurpaba con frecuencia el título y otras cosas—estoy aquí de riguroso incógnito y le agradecería...

—¡Silencio y discreción!... ¡Calla!... pero ahora caigo. Mme. La Posterolle es su... y entonces, las niñas del gobernador... esas dos manolas resaladas... me apresuro

á felicitar á usted querido poeta, sus hijas de usted son hasta allí... y si la sota de oros no me hubiese limpiado los bolsillos, le hubiera á usted pedido la mano de la pequeña. Todavía está un poco verde, pero me entusiasman los cogollos.

Qué difícil sería pintar la mirada que lanzó Fagan al baronzucho rechoncho, morrudo, que en vez de treinta parecía tener cincuenta años, con su color de hígado de pescado, su traje de cochero inglés y su corbata de color de sangre de toro, prendida con un alfiler que representaba una cabeza de cerdo! ¡Aquello, un marido para Ninita!

Se contuvo, sin embargo, porque necesitaba que el mamarracho se callara y le preguntó á qué había venido á Córcega.

—A hacer penitencia, querido... Me han atizado en la timba una paliza estupenda y mi padre me ha hecho volver á la ca-

rrera de montes que dejé cuando murió mi madre, y he aquí por qué me encuentra usted en el país de los bandidos con cien pesetas al mes que me da el Estado en su munificencia y lo que puedo arañar por las noches en un casino de tronados en el que le aseguro que no es fácil buscarse la existencia. Afortunadamente me quedan aún los brillantes de la buena mamá y además me he traído á Fermín, aquel criado del círculo que es un tío Recursos que no dejará á su amo morir de hambre... Véngase usted á almorzar conmigo cualquier día... ¿Ve usted la casa? Es aquella barraca vieja... — y con la punta de la sombrilla señalaba hacia el fin del puerto, á una casa de arquitectura italiana construída al borde mismo del agua.— Cinco cuartos en el piso segundo, con unos techos como los de las casas de la Plaza Vendome; á mi servicio tengo á Fermín y

á una cocinera que se llama Serafina que es la hermosa consorte de un arriero de la isla Roja y que pasa por ser la mejor *voce-ratrice* de Ajaccio. En confianza...—añadió el Barón bajando la voz, y con expresión horriblemente imbécil confesó que Serafina iba á concederle pronto sus favores, de los cuales había sido el primero y el máspreciado de todos, dejar que su afortunado dueño y señor la llevase á la casa de baños y que la estaba esperando.

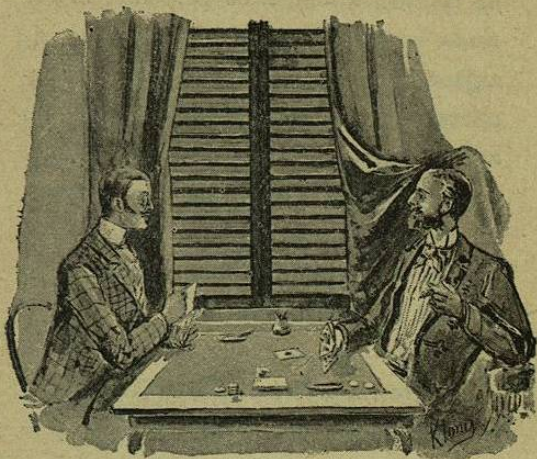
«Me parece inútil decir á usted que pienso tener á respetuosa distancia á semejante fantoche»—decía Fagan cuando volvió al hotel, en la carta que, para ponerla al corriente de los acontecimientos de su viaje, escribía á su querida Mme. Hulín. ¡Qué ilusiones se hacía el pobre!

Metido en aquel cuarto donde estaba confinado por la voluntad de sus hijas, mejor dicho, de la madre de sus hijas, que

llegaba hasta á exigir que no saliese nunca de día, pronto empezó á sentirse presa de mortal aburrimiento que le invadió como una niebla asfixiante, dejándole sin ideas y haciéndole imposible el trabajo. Se levantaba tarde, figaba por las rendijas de las entreabiertas persianas la entrada en el puerto de algún buque, de alguna barca de pescadores de coral napolitanos con su gran vela que parece un ala extendida, leía sin ver las letras y después de tres comidas hechas sin apetito, llegaban por fin las nueve de la noche, hora en que sus hijas iban á buscarle al camino de las Sanguinarias.

Por eso cuando al día siguiente de su encuentro, apareció el Barón Rouchouze con una baraja nueva en el bolsillo y le propuso jugar un ecarté á cinco tantos y á cuatro duros el juego, el aburrimiento de aquel cuarto de fonda hizo renacer en

Fagan las antiguas aficiones de la juventud y empezó la partida... Andar trescientas leguas, pasar el mar, habitar en aquella isla perfumada y pintoresca llena de rocas y de alquerías, y encerrarse con las persianas entornadas, á obscuras casi,



para jugar interminables partidas con el ridículo Rouchouze, llamándose Régis de

Fagan y siendo el autor dramático del teatro Francés y del Vaudeville!...

Cerca de las seis de la tarde, Fermín, correcto, todo vestido de negro, traía un vaso de agua de Vichy á su amo que no dejaba nunca, al volver á colocar en la bandeja el vaso vacío, de hacer al majestuoso ayuda de cámara, una expresiva petición frotando con ligereza el pulgar con el índice: «Dame unos cuantos lises...» porque la mala suerte se encarnizaba en el Barón y sólo le consolaba de esta mala suerte pensar en el honor de que le ganara un autor célebre y contar con el bacarat de su círculo de tronados que era más productivo.

Por las noches, Fagan, cogido del brazo de sus hijas, rodeado del espléndido horizonte que sus ojos no se cansaban de contemplar, olvidaba el embrutecimiento en que pasaba los días. Siempre llegaba

el primero, y sentado al abrigo de cualquier peña á la orilla del agua, oía desde lejos acercarse el crujido de las botitas en la arena del paseo, las risas contenidas, el claro cuchicheo de sus hijas á las que divertía lo romántico, lo misterioso de sus entrevistas.

—Parece una cita de enamorados— murmuraba Ninita.

Y Rosa:—¿Un enamorado para dos?

—Ó para tres... Mademoiselle también cuenta.

De pronto aparecía el padre, y entonces sonaban gritos de miedo, y luego besos y después empezaba la charla en voz baja sobre lo que habían hecho durante el día, las visitas que habían recibido y las que habían pagado, las probaturas de sus trajes para el gran baile de máscaras que se daba en el Gobierno el martes de carnaval.

Ninita se iba á vestir de Infanta de Ve-

lázquez con falda de raso claro con tontillo, y Rosa de noble veneciana con el pelo teñido de rojo.

—¡Y pensar que no podré veros!—gemía el pobre Fagan que tenía que embarcarse justamente el martes por la mañana.—Casi estoy por dejar mi viaje para el otro vapor.

Hacía esta proposición con timidez porque ya había retrasado una vez su salida; pero Ninita, siempre cumplidora de la consigna materna, le hacía dulcemente desistir de su proyecto. ¿De qué le serviría retrasar otra vez su viaje, puesto que no había de poder ir al baile ni ellas subir hasta su cuarto del hotel disfrazadas? Y para acabar de decidirle: «Además, de un día á otro puede llegarse á saber que estás aquí y esto nos había de causar grandes fastidios. Es preciso que te vayas, papaito; el presidente Remory debe ir á pe-

dirte la mano de tu hija y me parece que no ha de ser Antero quien...

—Bueno, bueno, me marcharé—decía el padre cuyo tono áspero se dulcificaba al sentir el contacto de una boca en su mano, muda expresión del agradecimiento de su Rosa querida.

La verdad es que Rosa le quería mucho, sin gestos ni afectación. Ninita también le quería, pero era aún demasiado chiquilla y estaba todavía bajo la influencia de su madre y de la implacable inglesa, insupportable partidaria del Ejército de Salud que, desde el primer día, había indicado su desprecio hacia el marido que era, según ella, un criollo parisién indolente que trabajaba por medio del teatro para conseguir la perdición de las almas. En el cariño de Rosa no habían podido hacer mella ni el veneno salutista ni las calumnias de la madre; veía que era suya para siem-

pre y ciertas delicadezas de su corazón las reservaba para ella sola. Por eso, una noche que Ninita y la institruiz se habían quedado un poco atrás, trató de hablarle de Paulina Hulín, de la noble y sólida amistad que encontraba en ella: «La has juzgado mal, hija mía; pero ya verás, algún día la conocerás mejor.» Rosa no contestaba, no hacía más que mirar á lo lejos como si la tuviesen absorta las luces cambiantes del faro y su intermitencia luminosa.—¿Sabes, continuó Fagan, que si hubiese sido viuda como creía al principio, me hubiera casado con ella probablemente?... ¿Te hubiese dado pena mi boda?

—¡Oh, sí!—murmuró con mal contenida violencia.

—¿Por qué?

—Porque saber que había una mujer extraña entre mi padre y yo, otra mujer que no fuese mamá, en casa...

—Pues tu madre bien se ha vuelto á casar y hay en vuestra casa, á su lado, un hombre que no es vuestro padre.

—¡Oh, no es lo mismo... ó por lo menos no me causa el mismo efecto!

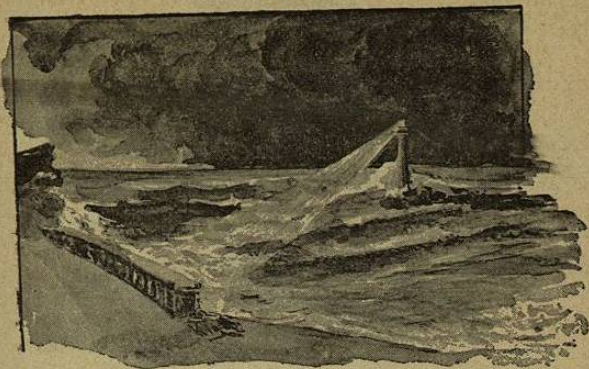
Fagan se echó á reir medio enfadado.

—¿Entonces, tu madre tenía derecho para volverse á casar y yo no? Me condenas á seguir viudo, á vivir solo, mientras que tú te casarás también y más tarde tu hermana... Todos tendréis un hogar menos yo... Así discurrís las mujeres.

Rosa se acercó más á él.

—Qué quieres, tengo celos... Desde el primer día he detestado á esa Mad. Hulín... Sí, la he detestado siendo tu..., siendo tu amiga; figúrate lo que sucedería si llegase á ser tu mujer!

Iba á contestar; pero se acercó Ninita y cambiaron de conversación.



## VII

El viento soplabá tempestuoso por el camino de las Sanguinarias, contra el que se estrellaban las olas espumantes, formando un ancho ribete blanco al camino negro como la noche y más desierto que de costumbre. Ni una estrella en el cielo: el tumulto del mar rugiente é invisible se adivinaba al resplandor del faro que se hundía ó se elevaba, semejando un fósforo